CAPÍTULO XVII.

Donde se declara el último punto y extremo donde llegó y pudo llegar el inaudito ánimo de don Quijote, con la felicemente acabada aventura de los Leones

CUENTA la historia, que cuando Don Quijote daba voces á Sancho que le trujese el yelmo, estaba él comprando unos requesones que los pastores le vendian yacosado de la mucha priesa de su amo, no supo qué hacer dellos ni en qué traerlos, y por no perderlos, que ya los tenía pagados, acordó de echarlos en la celada de su señor, y con este buen recado volvió á ver lo que le quería, el cual en llegando le dijo:

—Dame, amigo, esa celada, que yo sé poco de aventuras, ó lo que allí descubro es alguna que me ha de necesitar, y me necesita á tomar mis armas.

El del Verde Gabán, que esto oyó, tendió la vista por todas partes, y no descubrió otra cosa que un carro que hacia ellos venía con dos ó tres banderas pequeñas, que le dieron á entender que el tal carro debía de traer moneda de su Majestad, y así se lo dijo á Don Quijote; pero él no le dió crédito, siempre creyendo y pensando que todo lo que le sucediese habían de ser aventuras y más aventuras, y así respondió al hidalgo:

—Hombre apercibido, medio combatido: no se pierde nada en que yo me aperciba, que sé por experiencia que tengo enemigos visibles é invisibles, y no sé cuándo, ni adónde, ni en qué tiempo, ni en qué figuras me han de acometer; y volviéndose á Sancho le pidió la celada, el cual, como no tuvo lugar de sacar los requesones, le fué forzoso dársela como estaba.

—Tomóla Don Quijote, y sin que echase de ver lo que dentro venía, con toda priesa se la encajó en la cabeza; y como los requesones se apretaron y exprimieron comenzó á correr el suero por todo el rostro y barbas de Don Quijote, de lo que recibió tal susto que dijo á Sancho:

—¿Qué será esto, Sancho, que me parece que se me ablandan los cascos ó se me derriten los sesos, ó que sudo de los pies á la cabeza? y si es que sudo, en verdad que no es de miedo; sin duda creo que es terrible la aventura que ahora quiere sucederme: dame si tienes con que me limpie, que el copioso sudor me ciega los ojos.

Calló Sancho, y dióle un paño y dió con él gracias á Dios de que su señor no hubiese caído en el caso. Limpióse Don Quijote, y quitóse la celada por ver qué cosa era la que á su parecer le enfriaba la cabeza, y viendo aquellas gachas blancas dentro de la celada, las llegó á las narices, y en oliéndolas, dijo:

—¡Por vida de mi señora Dulcinea del Toboso que son requesones los que aquí me has puesto, traidor, bergante y mal mirado escudero. A lo que con gran flema y disimulación respondió Sancho:

—Si son requesones, démelos vuesa merced, que yo me los comeré; pero cómalos el diablo, que debió de ser el que ahí los puso. ¿Yo había de tener atrevimiento de ensuciar el yelmo de vuesa merced?

—Halládole habéis el atrevido.

—A la fe, señor, á lo que Dios me da á entender, también debo yo de tener encantadores que me persiguen como á hechura y miembro de vuesa merced, y habrán puesto ahí esa inmundicia para mover á cólera su paciencia, y hacer que me muela como suele las costillas: pues en verdad que esta vez han dado salto en vago, que yo confío en el buen discurso de mi señor, que habrá considerado que ni yo tengo requesones ni leche, ni otra cosa que lo valga; y que si la tuviera, antes la pusiera en mi estómago que en la celada.

—Todo puede ser, dijo Don Quijote; y todo lo miraba el hidalgo, y de todo se admiraba, especialmente cuando después de haberse limpiado Don Quijote cabeza, rostro y barbas, y celada, se la encajó, y afirmándose bien en los estribos, requiriendo la espada, y asiendo la lanza, dijo:

—Ahora venga lo que viniere, aquí estoy con ánimo de tomarme con el mismo Satanás en persona.

Llegó en esto el carro de las banderas, en el cual no venía otra gente que el carretero en las mulas y un hombre sentado en la delantera. Púsose Don Quijote delante, y dijo:

—¿Adónde vais, hermanos? ¿Qué carro es este, qué lleváis en él y qué banderas son aquestas? A lo que respondió el carretero:

—El carro es mío, lo que va en él son dos bravos leones enjaulados, que el general de Orán envía á la corte, presentados á su Majestad; las banderas son del Rey nuestro señor en señal que aquí va cosa suya.

—¿Y son grandes los leones? preguntó Don Quijote.

—Tan grandes, respondió el hombre que iba á la puerta del carro, que no han pasado mayores ni tan grandes de Africa á España jamás: y yo soy el leonero, y he pasado otros, pero como estos ninguno: son hembra y macho, el macho va en esta jaula primera, y la hembra en la de atrás, y ahora van hambrientos porque no han comido hoy, y así vuesa merced se desvíe, que es menester llegar presto donde les demos de comer. A lo que dijo Don Quijote, sonriéndose un poco:

—¿Leoncitos á mí? ¿A mí leoncitos, y á tales horas? Pues por Dios, que han de ver esos señores que acá los envían, si soy yo hombre que se espanta de leones. Apeaos, buen hombre, y pues sois el leonero, abrid esas jaulas, y echadme esas bestias fuera, que en mitad de esta campaña les daré á conocer quién es Don Quijote de la Mancha, á despecho y pesar de los encantadores que á mí los envían.

—Ta, ta, dijo á esta sazón entre sí el hidalgo: dado há señal de quién es nuestro buen caballero; los requesones sin duda le han ablandado los cascos y madurado los sesos. Llegóse en esto á él Sancho, y díjole:

—Señor, por quien Dios es, que vuesa merced haga de manera que mi señor Don Quijote no se tome con estos leones, que si se toma, aquí nos han de hacer pedazos á todos.

—¿Pues tan loco es vuestro amo, respondió el hidalgo, que teméis y creéis que se ha de tomar con tan fieros animales?

—No es loco, respondió Sancho, sino atrevido.

—Yo haré que no lo sea, replicó el hidalgo, y llegándose á Don Quijote, que estaba dando priesa al leonero que abriese las jaulas, le dijo:

—Señor caballero, los caballeros andantes han de acometer las aventuras que prometen esperanza de salir bien dellas, y no aquellas que de todo en todo la quitan; porque la valentía que se entra en la juridición de la temeridad, más tiene de locura que de fortaleza; cuanto más que estos leones no vienen contra vuesa merced, ni lo sueñan: van presentados á su Majestad, y no será bien detenerlos ni impedirles su viaje.

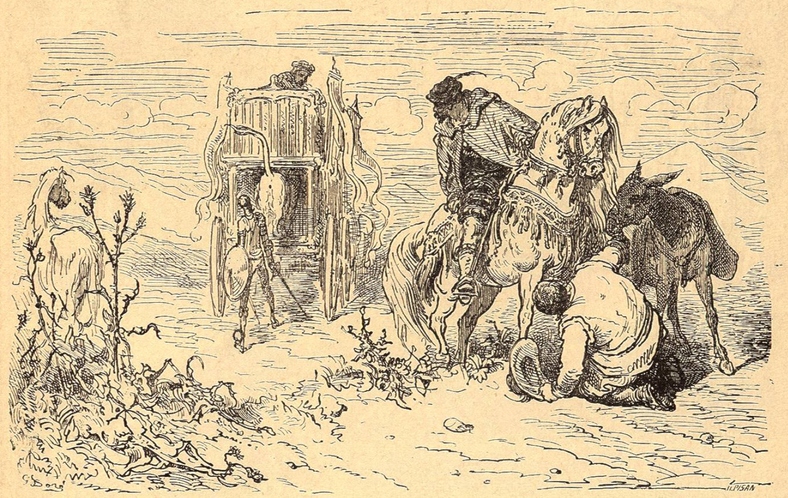
—Váyase vuesa merced, señor hidalgo, respondió Don Quijote, á entender con su perdigón manso y con su hurón atrevido, y deje á cada uno hacer su oficio: este es el mío, y yo sé si vienen á mí ó no estos señores leones; y volviéndose al leonero, le dijo:

—Voto á tal, don bellaco, que si no abrís luego luego las jaulas, que con esta lanza os he de coser con el carro.

El carretero, que vió la determinación de aquella armada fantasma, le dijo:

—Señor mío, vuesa merced sea servido por caridad dejarme desuncir las mulas, y ponerme en salvo con aquellas antes que se desenvainen los leones, porque si me las matan quedaré rematado por toda mi vida, que no tengo otra hacienda sino este carro y estas mulas.

—¡Oh, hombre de poca fe! respondió Don Quijote: apéate y desunce, y haz lo que quisieres, que presto verás que trabajaste en vano, y que pudieras ahorrar desta diligencia. Apeóse el carretero y desunció á gran priesa, y el leonero dijo á grandes voces:



—Séanme testigos cuantos aquí están, como contra mi voluntad y forzado abro las jaulas y suelto los leones, y de que protesto á este señor, que todo el mal y daño que estas bestias hicieren corra y vaya por su cuenta, con más mis salarios y derechos. Vuestras mercedes, señores, se pongan en cobro antes que abra, que yo seguro estoy que no me han de hacer daño.

Otra vez le persuadió el hidalgo que no hiciese locura semejante, que era tentar á Dios acometer tal disparate. A lo que respondió Don Quijote, que él sabía lo que hacía. Respondióle el hidalgo que lo mirase bien, que él entendía que se engañaba.

—Ahora, señor, replicó Don Quijote, si vuesa merced no quiere ser oyente desta que á su parecer ha de ser tragedia, pique la tordilla y póngase en salvo. Oído lo cual por Sancho, con lágrimas en los ojos le suplicó desistiese de tal empresa, en cuya comparación habían sido tortas y pan pintado la de los molinos de viento, y la temerosa de los batanes, y finalmente todas las hazañas que había acometido en todo el discurso de su vida.

Mire, señor, decía Sancho, que aquí no hay encanto ni cosa que lo valga, que yo he visto por entre las verjas y resquicios de la jaula una uña de león verdadero, y saco por ella que el tal león, cuya debe de ser la tal uña, es mayor que una montaña.

—El miedo, á lo menos, respondió Don Quijote, te le hará parecer mayor que la mitad delmundo. Retírate, Sancho, y déjame y si aquí muriese ya sabes nuestro antiguo concierto: acudirás á Dulcinea, y no te digo más.

A estas añadió otras razones con que quitó las esperanzas de que no había de dejar de proseguir su desvariado intento. Quisiera el del Verde Gabán oponérsele, pero vióse desigual en las armas, y no le pareció cordura tomarse con un loco, que ya se lo había parecido de todo punto Don Quijote, el cual volviendo á dar priesa al leonero, y á reiterar las amenazas, dió ocasión al hidalgo á que picase la yegua, y Sancho al rucio, y el carretero á sus mulas, procurando todos apartarse del carro lo más que pudiesen, antes que los leones se desembanastasen.

Lloraba Sancho la muerte de su señor, que aquella vez sin duda creía que llegaba en las garras de los leones: maldecía su ventura, y llamaba menguada la hora en que le vino al pensamiento volver á servirle; pero no por llorar y lamentarse dejaba de aporrear al rucio para que se alejase del carro.

Viendo, pues, el leonero que ya los que iban huyendo estabn bien desviados, tornó á requerir y á intimar á Don Quijote lo que ya le había requerido é intimado, el cual respondió que le oía, y que no se curase de más intimaciones y requerimientos, que todo sería de poco fruto, y que se diese priesa.

En el espacio que tardó el leonero en abrir la jaula primera, estuvo considerando Don Quijote si sería bien hacer la batalla antes á pie que á caballo, y en fin se determinó de hacerla á pie, temiendo que Rocinante se espantaría con la vista de los leones: por esto saltó del caballo, arrojó la lanza y embrazó el escudo, y desenvainando la espada, paso ante paso, con maravilloso denuedo y corazón valiente se fué á poner delante del carro, encomendándose á Dios de todo corazón, y luego á su señora Dulcinea.

—Y es de saber, que llegando á este paso el autor desta verdadera historia, exclama y dice: "Oh fuerte y sobre todo encarecimiento animoso Don Quijote de la Mancha, espejo donde se pueden mirar todos los valientes del mundo, segundo y nuevo Don Manuel de León, que fué gloria y honra de los españoles caballeros! ¿Con qué palabras contaré esta tan espantosa hazaña, ó con qué razones la haré creíble en los siglos venideros, ó qué alabanzas habrá que no te convengan y cuadren, aunque sean hipérboles sobre todos los hipérboles?

"Tú á pie, tú solo, tú intrépido, tú magnánimo, con sólo una espada, y no de las del Perrillo cortadoras, con un escudo, no de muy luciente y limpio acero, estás aguardando y atendiendo los dos más fieros leones que jamás criaron las africanas selvas. Tus mismos hechos sean los que te alaben, valeroso manchego, que yo los dejo aquí en su punto por faltarme palabras con que encarecerlos." Aquí cesó la referida exclamación del autor, y pasó adelante anudando el hilo de la historia y diciendo, que habiendo visto el leonero ya puesto en postura á Don Quijote, y que no podía dejar de soltar al león macho, so pena de caer en la desgracia del indignado y atrevido caballero, abrió de par en par la primera jaula, donde estaba, como se ha dicho, el león, el cual pareció de grandeza extraordinaria y de espantable y fea catadura.